Carta para la flaca

Naela Scholles

Carta para la Flaca

Naela Scholles

Capítulo 1

Corrientes Capital – Agosto '82

Acá estoy, sentado junto a la ventana de la cocina. La estufa está prendida y el gato duerme muy tranquilo disfrutando el calor. Al final, nunca le puse nombre a ese bicho. Es que siempre creí que los gatos no vienen cuando se los llama, vienen si te necesitan. Así que ¿Para qué ponerle nombre? Hace más o menos diez minutos tomé el primer mate y es tarde ya para el segundo, porque estará frío y amargo, muy diferente al primero que espumoso, humeaba. Te estarás riendo seguro, acordándote como yo de aquella tarde en la Plaza Cabral cuando me quemé cebando el mate por mirar una rubia que pasaba. Lo que extraño de ese día no es la rubia, ni la plaza; te extraño a vos porque eras la razón por la que el mate no se me enfriaba. Nunca aprendí a tomar mate solo. ¿Cómo se puede tomar mate solo, si está hecho para juntarse con los demás? El mate es como besarse, pero en diferido ¿Decime si no? Tibio, caliente, saliva y vapor... y entre mate y mate se afianza la conexión. Será por eso que no me sale tomar mate solo. Será por eso que no quiero tomar mate con nadie más, que no sea con vos.

Lo que no vuelvo hacer es tomar mates con coco. ¡Eso sí que nunca flaca! Fue todo un sacrificio con tal de sentarnos a charlar y aún creo que fue todo un complot de vos y Carolina, como una prueba de iniciación: Si el flaco se toma el mate con coco entonces podés darle una chance. Se reían por lo bajo después de verme arrugar la cara. Ahora si querés, hasta te preparo yo el mate con coco, con tal de escucharte contarme como fue tu día en la textil, los clientes desubicados, los pedidos, los proveedores que te hacían perder el tiempo. Cualquier cosa flaca contame.

La frase quedó borrosa en el párrafo anterior por la gota que mojó la hoja. Llueve, no sabés como llueve. Tuve que salir a buscar leña seca del galponcito del fondo para atracar la estufa de nuevo y una gota corajuda se me prendió del pelo y terminó en la hoja. El gato me miró medio inquisitivo y molesto cuando lo corrí de su lugar. Hasta te extraña, creo yo; le encantó el cojín que le hiciste con retazos. A mí me encantan los retazos flaca, los retazos de tiempo que voy juntando para recordarte: los mates, las canciones de Elis Regina, tu aroma al Carolina Herrera que te regaló un cliente con la esperanza de sacarte a bailar alguna noche, tu cara perdida mirando hacia afuera acá en esta silla donde estoy sentado ahora. ¿Dónde te ibas flaca cuando te perdías mirando a la nada? Yo imagino que te ibas a la casita de Misiones, la tranquera, el eucaliptal, doña Eulalia, tu viejo, tus hermanos. Ahora soy yo el que se pierde mirando a lo lejos, y voy a vos cuando me tildo.

Que te puedo contar. El café está más ajetreado estos días, los días grises ayudan a que se pongan todos melancólicos o les entre el chucho y se

animen a tomar un café. Algunos solos, otros acompañados. A veces miro a las parejitas que se sientan a tomar un café, que no hacen otra cosa que mirar el celular y lanzarse sonrisas, que se cuentan cosas y se ríen, que se coquetean. ¿Éramos así vos y yo? Que aburridos. A mí me gusta pensar que éramos más discretos, que nos escondíamos detrás de libros, en vez de pantallas. Que si charlábamos era para discutir y defender una que otra postura que solía ser bien radical de parte de los dos, que hasta tumbaste el azucarero defendiendo a Asimov; o que charlábamos de cosas profundas, hablábamos de la vida. Hasta me da un escalofrío recordando cómo te ponías cuando empezaba a comentarte sobre ingeniería, física y una que otra cosa de la facultad. Te brillaban los ojos y te quedabas absorta aunque no entendías nada. El tipo del Carolina Herrera nunca entendió que a vos lo que te encanta, si me permitís la poca modestia, es un hombre inteligente. Por eso retomé los estudios este año. Convencí a don Raúl de que me dé una chance con los horarios en el café y así me acomodé un poco. Los profesores se alegraron al verme de nuevo en el aula. No te sientas presionada, no lo hago por vos, lo hago por mí y porque entiendo que hay que seguir adelante y no abandonar los sueños. ¿No? Bueno, no lo hago por vos enteramente, pero digamos que tenés una buena parte de la culpa.

Me está costando un poco retomar, obviamente, pero justo acabo de leerme unos cuantos capítulos del Tratado de Física. Si ves un par de ecuaciones detrás de esta hoja no es para que las resuelvas, es porque todavía no soy tan organizado como quisiera y agarré lo primero que encontré para escribirte. Es que tuve uno de esos ataques que me dan, como el que me dio aquella vez a la salida del cine. Sentí que era ahí o nunca, que si no te besaba esa noche no te iba a besar nunca más. Que linda manera de empezar a vivir fue aquella.

Flaca prometeme que después que leas esta carta vas a ir hasta el café de la esquina a tomarte un cortado por mí. Que vas a escribir un par de poemas, prometeme que vas a dejar de laburar tanto y a pintar algo. Yo mientras tanto miro por la ventana y empiezan a caer las hojas, la lluvia se entromete hasta donde puede. Los árboles se desnudan y yo te recuerdo. Y el otoño es casi verano pero también es casi invierno. Es ahí, entre San Juan y Mendoza. El otoño va a ser siempre mi 5 para el peso. El otoño es casi. Pensar que pasó un año de aquella vez que te serví a vos un café que en realidad era para Carolina. Me miraste y me dijiste: ¿Acá sirven mate cocido? Y no sabía si reír o responderte en serio. Y me duraste lo que duró el otoño. Y no sé si quiero que seas otoño, hay tanto sentimiento encontrado ahí. No me gusta estar al medio. Quiero estar acá, o estar allá; incluso si estar allá significa un frío y crudo invierno.

Contame que se siente al fin lograr tus sueños. Contame que hacés las tardes de lluvia, los días de viento. Contame si encontraste un puestito de tortas fritas en Capital. Yo te espero acá. Si volvés por acá o si pasás por la 14 camino a tus pagos, avisame y voy hasta la terminal a saludarte, o a

alcanzarte unos mates antes que sigas camino. Pero flaca, si volvés no vuelvas porque te llamo, volvé cuando me necesites. Yo voy a estar.

Acá en Corrientes se está poniendo feo el cielo, y la lluvia suena más fuerte. Amenaza tormenta eléctrica. Yo voy a seguir leyendo un poco, el gato se me subió a la falda. Capaz que le ponga nombre, capaz que lo llame Otoño.